

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Celebrar la fiesta de la ascensión en nuestras comunidades, tiene por objetivo presentar la continuidad de la misión del Mesías en la Iglesia, el relato está enmarcado en los discursos de despedida como en los Hechos que estuvo hablando con sus discípulos y comentándoles sobre la promesa del Espíritu Santo. El misterio de la ascensión es para decirnos que se continua en la misma misión de la Iglesia, punto de llegada y punto de inicio, porque es el culmen de la misión de Jesús (los evangelios) y el inicio de la misión de la Iglesia (Hechos).

Para concluir, Mateo compone una escena magistral. Algunos describen el discurso sintético de Jesús dónde envía a la misión a sus discípulos. En el espacio de cinco versículos condensa lo sustancial de su cristología y eclesiología. Jesús se presenta en Galilea, como volviendo al comienzo y abandonando Jerusalén, adonde fue sólo a morir.

¿A QUÉ SUBE AL MONTE JESÚS?

Sube al monte, en ascensión simbólica, así como Moisés subió al Sinaí a un encuentro con Dios, así mismo Jesús sube al monte, como cuando proclamó su mensaje del reino o se transfiguró. Nosotros subimos al monte porque subir a un lugar significa que debemos disponernos a un encuentro con Dios. El hombre ha buscado las alturas o ha construido templos para encontrarse con Dios.

LOS SEGUIDORES DE JESÚS SON ENVIADOS

Los once discípulos de aquel momento representan a toda la Iglesia; por eso, no falta quien dude. Ven al resucitado y han de ser sus testigos directos porque vieron y escucharon al Señor. Jesús toma la palabra afirmando su plena autoridad recibida de Dios.

EL ENVIO A LA MISIÓN

En virtud de ella envía a sus discípulos a una misión universal, no limitada ya a los judíos. No han de enseñar para ser maestros de muchos discípulos (23,8), sino para «hacer discípulos» de Jesús.

Como rito de consagración, administrarán el bautismo, con la invocación trinitaria explícita, inaugurando así el tiempo de la Iglesia.

LA EXPERIENCIA PASCUAL

Desde la experiencia pascual, los discípulos van a anunciar la resurrección de Jesús y no el reino de Dios. El cambio, en apariencia notable, no es tal. Anunciar la resurrección de Jesús es anunciar que el reino ha llegado y han comenzado los nuevos tiempos.

Los relatos pascales nos colocan frente a la convicción de la comunidad primitiva de que el reino ha comenzado con la resurrección de Jesús, en quien se ha hecho manifiesto el poder vivificador de Dios. El evangelio termina como empezó. Al principio nos fue anunciado el nombre de Emanuel, Dios con nosotros, en la historia del pueblo elegido (Is 7,14). Ahora se nos asegura que la profecía de Isaías se ha hecho permanente realidad: «Yo estaré con ustedes siempre» (20). No es tarea fácil, pero Jesús estará siempre presente con su presencia consoladora y reconfortante en todas las situaciones de la misión evangelizadora, tanto en la predicación, la enseñanza y la celebración, como en la persecución y en la prueba. La misión de los discípulos es tan amplia como el mundo y como el tiempo que habrá de transcurrir hasta el final de la historia. La comunidad cristiana es, a partir de ahora, memoria del crucificado-resucitado, a pesar del escándalo que significaba para el pueblo judío la muerte infame en la cruz. Es también comunidad de testimonio: han de ser testigos del crucificado-resucitado. Sólo en este seguimiento concreto la comunidad descubre el significado de la misión y la persona de Jesús. Descubre que el reino está ligado indisolublemente a la salvación de los pobres y marginados, y que la forma concreta de su realización no puede prescindir de la actuación histórica de Jesús. Desde la persona y misión

de Jesús surgen dos actitudes comunitarias: simpatía del pueblo y libertad frente a los poderes. La Iglesia de Jesús es esencialmente una comunidad misionera. Las palabras del Señor resucitado «vayan» (19), «pónganse en camino», la invitan a salir constantemente de sí misma, de sus problemas y preocupaciones domésticas, para abrirse a un nuevo horizonte: el de toda persona que no conoce el gozo de sentirse hijo e hija de Dios y hermanos y hermanas entre sí. Para ello cuentan con la presencia constante de Jesús que estará siempre presente: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (20).

CAMINO SINODAL

“Nosotros vivimos en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por todas partes se trata de conocerlo mejor, tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción. Se hace asamblea en torno a Él. Quiere dejarse conducir por El. Ahora bien, si el Espíritu de Dios ocupa un puesto eminente en la vida de la Iglesia, actúa todavía mucho más en su misión evangelizadora. No es una casualidad que el gran comienzo de la evangelización tuviera lugar la mañana de Pentecostés, bajo el soplo del Espíritu.

Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización (...). Pero se puede decir igualmente que Él es el término de la evangelización: solamente El suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de Él, la evangelización penetra en los corazones, ya que Él es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia.” (San Pablo VI, papa 1963-1978, Exhortación apostólica « Evangelii nuntiandi », c.7, §75 - Copyright © Libreria Editrice Vaticana).

OREMOS...

Señor ilumínanos por tu palabra en nuestras realidades de tinieblas y sombras de muerte (pandemias, catastrofes, miedos, temores). Queremos ser sanados por el buen Samaritano, que alivie mi dolor y cure mis heridas (interiores): *“que el Señor*

tiene el proyecto de consumir en nosotros el misterio de su Encarnación, de su nacimiento, de su vida oculta, formándose y como encarnándose dentro de nosotros y comenzar a vivir en nuestras almas, por los santos sacramentos del Bautismo y de la divina Eucaristía, y haciéndonos vivir una vida espiritual e interior, que esté escondida con Él en Dios. Amén. (Le Royaume.1.311-312).”